

## Alma en pena (Pacto de Sal – 2da Parte)

No es fácil separar lo que siento por la Fanny si en mi mente aún está la imagen de ella empuñando una botella de whisky rota después de reventarle la cabeza a una de nuestras compañeras. ¿Por qué lo hizo? ¿Por celos de ese marino polaco? ¿Por qué creía que él cumpliría su promesa? ¿Ese pacto de sacarla definitivamente de este agujero? Esa noche supe que era imposible salir de este lugar sin sufrir consecuencias porque no solo habíamos vendido nuestros cuerpos, habíamos vendido por unas pocas monedas nuestras almas al diablo.

El Pocho nos juntó a todas en el patio a la mañana siguiente y nos adoctrinó, nos dijo que si queríamos irnos ese era el momento, que no le rompiéramos las pelotas, que minitas como nosotras tenía una fila de varias cuabras para laburar de putas en el boliche, pero también que nos olvidáramos de ganar la gaita que ganábamos si decidíamos buscarnos un laburo honesto. Ese fue el sermón y nosotras calladitas bajamos como corderitos las cabezas. Pero como para mí la gaita era lo único importante, era más importante que mi futuro, más importante que mi vida y mucho más importante que mi propio cuerpo, no dude en seguir laburando, revolcándome con los negros que trabajaban en la base o los marineros que bajaban de los barcos.

A la Fanny no la pude despedir, me contaron que cuando los patovas la sacaron de los pelos del boliche, la cana se la había llevado en un patrullero y nadie supo más de ella. Parecía que se la había tragado la tierra, o peor aún, que la hubiesen tirado al mar con una piedra amarrada al cuello con una soga.

Yo había escuchado muchas historias raras de minas que habían desaparecido y nunca nadie había reclamado por ellas. Hasta la misma Fanny me había contado una madrugada de verano mientras fumábamos unos

churros en la vereda, que una chica, que era la preferida de un gendarme, se le apareció en la casa una noche en que su esposa había organizado una fiesta con otras parejas de compañeros de la fuerza. La Negra le decían y era tan hermosa como corajuda, era una tipa de armas tomar y se la había jugado por completo. A la mina no le alcanzaba con lo que el tipo le pagaba por los servicios semanales que nunca faltaban, no le alcanzaba con las propinas o con algún buen gesto del milico, un regalito, una palabra dulce o cuando le decía “Te quiero”. La Negra había fantaseado que podía ser la señora, al igual que su esposa, tener una casa, los hijos que él quisiera y un buen auto. Ella ya no quería ser su puta, ella quería pasar a ser su esposa y no seguir chupando pijas sucias de desconocidos para poder juntar el mango y así ayudar a su familia como todas nosotras.

El despelote fue de tal magnitud que el Pocho y la Gladis tuvieron que cerrar el boliche ese fin de semana. Ordenaron que todas se quedaran encerradas en las piecitas y que no se atrevieran a asomarse por nada del mundo. Iban a ser castigadas como, en alguna oportunidad, todas ya lo habían experimentado. Esa fue la amenaza. Pero a la Fanny no le importaba un carajo, ella había espiado todo, ella sabía cómo hacerlo sin que nadie se diera cuenta. A la Negra la vinieron a buscar unos tipos grandotes que nunca habían pisado el local, no estaban uniformados, fueron a su pieza, se escucharon unos gritos y muchos golpes, portazos, vidrios rotos y luego nada, ni el zumbido de una mosca. Era obvio que la Negra se había defendido con uñas y dientes. Otras chicas que la pudieron ver contaron que la sacaron como si fuese un cadáver, uno la cargaba por los hombros y el otro de los pies, mientras que su cabeza estaba cubierta con una bolsa de nylon.

Nadie supo más de la Negra, pero las malas lenguas andaban comentando por ahí que la habían tirado al mar y que seguramente ya se la habían devorado los cangrejos que pululan por la orilla. También se decía por los rincones, no sé si para asustarnos, que su alma estaba penando y que

algunas de las chicas en muchas oportunidades habían visto su imagen como un fantasma deambular por el boliche. Ellas solo podían verla reflejada en los espejos, como el espejo que hay detrás de la barra, o también en los espejos de los baños, de pronto la Negra se les aparecía con su cabeza ensangrentada y los ojos inyectados. Ella las miraba como advirtiéndoles que debían irse de ahí cuanto antes.

Dos o tres semana después que los patovas sacaran de los pelos a la Fanny, a la hora del almuerzo, se armó un griterío bárbaro en la pista del boliche, una mujer de unos sesenta años muy descuidada insultaba al Pocho en todos los idiomas posibles. Según pude entenderle era una pariente de la Fanny, no era la madre, tampoco la abuela ya que era demasiado joven para serlo. La tipa no paraba de gritar y preguntar a donde estaba la Fanny, donde la habían metido y los amenazaba con ir a la policía a hacer la denuncia. De pronto apareció la Gladis, la agarró del brazo, la zamarreó y se la llevó a los empujones a su oficina. Era un lugar cercano a la cocina donde nos llevaban cada vez que tenían que hacernos los pagos. Se escuchó un portazo y después un silencio sepulcral. Ninguna de las chicas se acercó para chusmear que estaba pasando, yo solo asomé mi nariz con disimulo para tratar de entender qué estaba pasando. La Loli, mi nueva compañera de cuarto se estaba preparando un caldo, ella tenía claro que su mejor negocio era evitar a cualquier precio el hecho de meterse en problemas. A los quince minutos, la Gladis y esa mujer salieron de la oficina como si nada. La desconocida guardó algo en su cartera y se saludaron, parecían amigas de toda la vida. Al día siguiente nos tocaba cobrar, y como era nuestra costumbre cuando estaba la Fanny, esta vez salí con la Loli al local donde me hacían la transferencia a la cuenta del banco del pueblo para mi familia.

A las pocas cuerdas del boliche la misma mujer que había armado el quilombo en la pista nos intercepta y nos pregunta de muy mal modo por la Fanny. Yo le respondí que hacía un par de semanas que no sabía nada de

ella, que ella había armado un despelote tremendo la noche de ese sábado y que la policía se la había llevado. La mujer me dijo que era su hermana mayor, que nunca había querido que viniese a trabajar a Puerto Belgrano pero no le creí. Nunca nadie se hace cargo de ese tipo de cosas. Nosotras ponemos el cuerpo y ellas se quedan lo más panchas contando los billetes. Yo estaba segura de que ni a mi madre, ni a mi abuela, ni a mis hermanitas les importaba una mierda la forma en que yo conseguía la guita. La tipa me contó que la madre estaba muy enferma y que una conocida la conectó con el Pocho y la Gladis con la promesa de trabajar aquí y que después de un tiempo se acostumbraría y que de esa forma tanto a ella, como a toda la familia nunca le iba a faltar el dinero, que iba a ser un trabajo transitorio, que cuando las cosas mejoraran, ella podía volver a Misiones y continuar con su vida anterior con sus dos hijos como si nada hubiese pasado. Frases más, frases menos el mismo cuento que me habían metido a mí cuando me mandaron en el micro sin boleto de vuelta a Puerto Belgrano. La hermana de la Fanny me dijo que se estaba volviendo ese fin de semana, que no había hecho la denuncia por miedo, pero que si yo sabía algo sería de mucha ayuda y me prometió pagarme si conseguía algún dato sobre el paradero de su hermana, a lo que me negué rotundamente, jamás cobraría un centavo por ayudar a una amiga. La Loli, no entendía un pito, era muy chica para darse cuenta de lo que estaba pasando. Le pedí su número y le prometí que si me enteraba de algo, si conseguía cualquier tipo de información por más dura que fuese yo me iba a contactar con ella de alguna manera.

Seguimos caminando con mi nueva compañera y le pregunté si quería conocer la iglesia de la Stella Maris, que era muy linda y que era la patrona de los navegantes. Al llegar nos encontramos, sentado en las escalinatas, al viejo tuerto que nos había vendido las estampitas, la figura de San la Muerte y le regaló ese sobrecito de porquería para que la Fanny hiciera su pacto de sal con el marino al que le había prometido amor eterno.

El anciano me preguntó qué pasó con mi amiga. Él se había dado cuenta rápidamente que la Loli no era tan bella como la Fanny, que era otra. La Loli era más feíta, petizonga, pero era mucho más joven, quizás por eso tuvo desde su ingreso al boliche mucha aceptación con los clientes. El viejo insistió, casi con un gesto de preocupación y me reiteró la pregunta sobre qué había pasado con la Fanny. No me quedó otra que contarle que lo del pacto de sal había sido un fiasco, que si bien ella lo había cumplido al pie de la letra, su pretendiente, el marinero polaco, no fue consecuente con su promesa. El tuerto, metió todas sus baratijas en una bolsa y con mucho esfuerzo se levantó de suelo. Nos pidió que entráramos en el templo. Algo no me gustaba. Yo me persigne y la Loli me miró como si yo estuviese haciendo un ritual de brujería. Caminamos los tres despacio por el pasillo central. Podíamos ver el altar que tenía un mantel blanco con vivos rojos bordados y unos candelabros apagados en cada uno de sus extremos. Al fondo, sobre la pared y suspendida a unos cuatro metros de altura, bajo de un vitreaux, estaba la imagen de la virgen sobre unas rocas que nos miraba como si no fuese de yeso. El viejo arrastraba una pierna, por eso tuvimos que dar pasos cortitos para no dejarlo atrás. Al llegar al altar nos pidió que entráramos por una puerta que estaba a la derecha. Según nos dijo esa era la sacristía el lugar donde el cura se preparaba para dar misa. Para ser sincera, no me gustó para nada meterme en ese lugar que para mí debía ser un lugar donde solo los hombres consagrados deberían estar. El tuerto nos insistía que entráramos de una vez, que el sacerdote seguro que estaba durmiendo la siesta o atorranteando por el pueblo y que él necesitaba mostrarnos algo. Frente a un ropero que tenía colgadas dos o tres sotanas de varios colores vistosos había un espejo que era más alto que nosotras y llegaba al piso. El anciano se miró y nos pidió que miráramos también. Estábamos los tres reflejados en el espejo, pero nada extraño pude detectar. Para mí todo era normal. El viejo me decía que mi amiga, o sea la Fanny se le había aparecido

en ese espejo y que desde ese momento no podía dejar de emborracharse cada tarde, que su vida se estaba yendo por la mierda y que si seguía así no sabía cómo iba a terminar. Al principio me asustó su forma de actuar, su nerviosismo, su desesperación, pero como yo ya había escuchado historias similares sobre chicas que habían desaparecido y que luego aparecían reflejadas en espejos, creí que era otro cuento, un mito urbano, una historia inventada del anciano para llevarnos a las dos a ese lugar y vaya a saber que extrañas intenciones tenía. Las manos del viejo temblaban y señalaban el espejo y me decía si yo no veía a mi amiga, repitiendo una y otra vez. La miré a la Loli, y pude ver que el anciano la tenía sujeta firmemente con la otra mano. Le di un empujón al tuerto que cayó de culo y nos fuimos rajando de la iglesia.

Ese sábado era principio de mes y se olía a plata fresca. Como todos los principios de mes sabíamos que el boliche se iba a llenar y que íbamos a trabajar el doble o más que cualquier otro día. Para eso debíamos estar descansadas, poder dormir una larga siesta, tomar una buena merienda, bañarnos, perfumarnos y prepararnos para una noche de sexo interminable. Antes de salir al ruedo, me arrodillé frente al altarcito que la Fanny había hecho en la mesita de luz y le pedí ayuda a todos los santos por nosotras y por mi amiga, para que pudiéramos encontrarla y así avisar a su familia que sin duda estaba sufriendo por su ausencia.

Las luces de la bola de espejos iluminaron como estrellas el techo de la pista. El Pocho y la Gladis estaban en la puerta junto a los patovicas para dar la bienvenida a los asiduos clientes y a los nuevos curiosos que nunca faltaban. Yo había tomado unas líneas para darme coraje y bancarme lo que se venía. La Loli también se había arreglado bastante para ser la primera opción para los viejos chotos que solo querían que los besaran, que les mordieran las orejas y se las chuparan despacio. Ya en la pista casi no se podía caminar, las chicas se acercaban a los clientes para pedirles la primera

ronda de copas y así hacerles gastar toda la plata que traían. Cada tanto miraba hacia el espejo de la barra sugestionada con que en cualquier momento me iba a encontrar el rostro de la Fanny mirándome, sonriéndome, guiñándome un ojo como lo hacía siempre que me metía en problemas, pero un mal presentimiento me rebotaba en la cabeza cuando me acordaba de los tres frente al espejo de la sacristía. Pasaron los tragos y los cuerpos desnudos, pasaron las arcadas y las ganas de mandar a todos a la mierda y la noche se fue apagando y los tipos como zánganos saciados de sexo se fueron marchando con sus billeteras vacías y sus genitales oliendo a perfume rancio de mujer.

En la mañana del domingo, dormimos como cerdas, me dolían los huesos y no tenía fuerzas ni para prepararme el desayuno, solo quería ver el sol para olvidar por completo el olor a faso y a transpiración impregnados en mi cuerpo. Me duché con agua fría, muy fría y me enjaboné con fuerza, me hubiese arrancado la piel si fuese posible, no quería tener ni el mínimo recuerdo de esa noche, ni de todas las noches donde el asco y la culpa se peleaban dentro mío para poder sobrevivir otro día más. Como siempre digo, la culpa es como una esfera incandescente que pasamos a otros para que no nos queme en las manos. La Loli seguía roncando, así que salí sola a dar una vuelta, con la intención de ir a misa de once si me pintaba, al menos, no se... para pedirle a la virgen por la Fanny.

En la esquina del boliche, sentada en el umbral de una casa estaba su hermana llorando como una nena, me agaché y le pregunté que le pasaba. Ella no me dijo nada, su congoja no le permitía decir una palabra, yo lo entendí todo, Fanny había sido otra de las víctimas de un sistema perverso del que todos somos una parte importante, los políticos, los milicos, la iglesia, las putas como yo, las esposas, los proxenetas, las madres, las abuelas, un sistema que se reinventa década tras década, con nuevas formas pero con la misma esencia que en los inicios de la humanidad. Desde María

Magdalena hasta la Fanny todas somos y seremos lo mismo, cuerpos sin alma, almas en pena que vamos por la vida dándolo todo por nada. Le di un abrazo a la mujer pero no pude darle el pésame. Seguí apurada para llegar a tiempo a la iglesia. Llegué quince minutos antes de lo esperado. No había nadie en la puerta. El tuerto y sus estampitas tampoco estaban en la escalinata como de costumbre. Abrí la puerta del templo y escuché los lamentos desesperados de un cura y varios feligreses que intentaban bajar a un hombre colgado del cuello bajo la piedra de la virgen que nos miraba inquisidora como si no fuese de yeso.